



DAÑO TRANSGENERACIONAL: LA HERENCIA DEL TRAUMA PSICOSOCIAL

José Luis Tejada
Carla Estrada
Editores



12
Serie
Monografías

C I N T R A S

**Daño Transgeneracional:
La Herencia del Trauma Psicosocial**

**José Luis Tejada
Carla Estrada
Editores**

CINTRAS

Centro de Salud Mental y Derechos Humanos

Serie Monografías

2012

*CINTRAS
Centro de Salud Mental
y Derechos Humanos*

*Editores
José Luis Tejada, psiquiatra
Carla Estrada, periodista*

*Diagramación
Inés Becerra*

*Editada en diciembre de 2012
Publicada en Santiago de Chile*

*CINTRAS
Ricardo Matte Pérez 0372
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56-2) 23444794
Fax: (56-2) 22094574
E-mail: cintras@cintras.org
www.cintras.org*

*La publicación de esta
monografía ha sido posible
gracias al financiamiento
otorgado por la Unión Europea.*

El daño transgeneracional como un desafío del presente

José Luis Tejada¹

Presentación

El daño transgeneracional, un fenómeno actual

En 2013 se cumplen 40 años del golpe militar en Chile, año que traerá múltiples reflexiones y análisis de las consecuencias de la dictadura en nuestra sociedad actual y diversas conmemoraciones y actos de memoria. En este contexto socialmente muy movilizador, queremos aportar al enriquecimiento del estudio de la transgeneracionalidad del trauma psico-

¹ *Médico psiquiatra.*

social que hoy podemos observar y sentir en las generaciones de descendientes de los protagonistas de ese momento crucial, para comprender nuestra historia reciente, especialmente en aquellos jóvenes nacidos en el periodo transicional que han devenido en actores sociales actuales. El acompañarlos en su crecimiento y necesidades de elaboración de su legado traumático, se ha transformado en un imperativo ético y un desafío para nuestra salud pública.

Queremos compartir en esta monografía parte del desarrollo del trabajo que como CINTRAS (Centro de Salud Mental y Derechos Humanos) hemos realizado en los últimos 10 años en torno al problema del daño transgeneracional del trauma psicosocial, como un fenómeno que ha emergido desde el trabajo clínico y acompañamiento íntimo y permanente de los sobrevivientes de la dictadura chilena, sus familiares y descendientes. Este desarrollo ha sido el resultado de la labor entre diversos actores del trabajo en el ámbito de la salud mental y los derechos humanos que han participado junto a nuestro centro, como también del intercambio y una rica relación interpersonal con profesionales y grupos de trabajo de otros centros de América Latina, articulados en la *Red Latinoamericana y del Caribe de Instituciones de Salud contra la Tortura, la Impunidad y otras Violaciones a los Derechos Humanos*. Especialmente enriquecedor ha sido el compartir experiencias y de-

sarrollo teórico con los profesionales de nuestros centros hermanos de Uruguay (SERSOC), Argentina (EATIP) y Brasil (GTNM-RJ), países con los cuales compartimos importantes similitudes en las características y consecuencias de la irrupción de las dictaduras militares en nuestro continente durante la década de los setenta, y experiencias similares con respecto a la profundidad y complejidad de los impactos en nuestras sociedades y subjetividades.

Común a nuestras experiencias como sociedades post dictatoriales ha sido la permanente manifestación del daño psicosocial que se ha expresado de manera diversa y en distintos niveles. Esta herida multiforme tiene manifestaciones en la subjetividad, en el desarrollo de los sujetos como actores sociales, en las experiencias y relaciones dentro de las familias y en las relaciones sociales más amplias, pudiendo observarse además consecuencias culturales y estructurales en nuestras sociedades con posterioridad al trauma masivo y sostenido. Estas consecuencias se han podido observar y vivir incluso décadas después del término de las dictaduras, en el seno de las sociedades transicionales. Hans Keilson (1992) ha llamado a estas situaciones la *tercera secuencia traumática*, en el contexto del estrés psicosocial continuo del trauma extremo referido a las consecuencias psicosociales de la postguerra. Entendemos la expresión de la transmisión del daño a generacio-

nes que no viven directamente las experiencias traumáticas iniciales en este contexto, en palabras de Madariaga (2002:9), «el hecho que la experiencia traumática siga operando una vez concluidos los eventos represivos por muchos años en la conciencia espontánea y en el inconsciente colectivo, es la base de su transferencia a las nuevas generaciones».

En el contexto de nuestro trabajo clínico y de reparación en salud mental, el problema del daño transgeneracional se va haciendo progresivamente más evidente en el transcurso de esta última década, con la aparición más frecuente de consultantes jóvenes, descendientes de las víctimas «directas» del terrorismo de Estado, que buscan apoyo psicológico por motivaciones diversas, frecuentemente asociadas a la emergencia de crisis psicoemocionales. Se trata de una gama de consultantes que van desde preadolescentes hasta adultos jóvenes con diversos perfiles y vivencias históricas y familiares. Algunos de ellos son hijos o nietos de detenidos desaparecidos, ejecutados o presos políticos que nacieron durante la dictadura y que no se reconocen –ni son reconocidos por el Estado, muchas veces– como víctimas directas, otros son adolescentes descendientes nacidos después del fin de la dictadura. En el acompañamiento de estos jóvenes de la segunda generación traumática, nos vamos dando cuenta de diversas formas de herencias del daño psicosocial que

generalmente no son plenamente conscientes o relacionadas por ellos mismos con los eventos traumáticos de la primera generación.

Son estos jóvenes que consultan, y muchos otros jóvenes de las familias de nuestros pacientes y de la sociedad más amplia –afectada en su conjunto por el trauma psicosocial severo–, los que nos apuntalan para desarrollar e investigar el fenómeno del daño transgeneracional en nuestros jóvenes. El continuo desarrollo conceptual y terapéutico del problema del daño transgeneracional nos ha llevado a participar de investigaciones sistematizadas sobre el tema (CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC, 2009) y a la búsqueda de alternativas terapéuticas efectivas para prevenir la manifestación de este daño. Como parte de ese trabajo colectivo, presentamos en esta publicación tres artículos que desarrollan, desde distintos énfasis, el legado de lo traumático, que han sido publicados en la revista institucional *Reflexión*. Estos forman parte de nuestra concepción de la transmisión transgeneracional del daño producido por el trauma psicosocial severo.

Es muy relevante señalar que cuando estudiamos la transmisión transgeneracional hablamos de un concepto en desarrollo, polisémico y que tiene diversas fuentes teóricas desde donde abordarlo. Ahí radica la importancia de destacar a qué nos referimos

cuando hablamos del trauma originado y perpetuado por el terrorismo de Estado, las características del trauma psicosocial severo, el concepto de lo transgeneracional, los mecanismos de transmisión y las formas de expresión subjetivas y estructurales en los sujetos, sus familias y las relaciones sociales. Las manifestaciones observables del daño transgeneracional en nuestras poblaciones y las implicancias para el abordaje psicoterapéutico y psicosocial dependen en gran medida de asumir conceptualizaciones claras y fundadas teórica y éticamente. El análisis de los artículos que leeremos en esta monografía, nos permite posicionarnos y desarrollar una postura conceptual definida del trauma transgeneracional.

Carlos Madariaga en el primer artículo «*Daño transgeneracional en Chile: Apuntes para una conceptualización*», escrito hace 10 años, nos muestra los primeros pasos para conceptualizar el daño transgeneracional en la sociedad chilena en el contexto de la conmemoración del aniversario número 30 del golpe militar. En él, desarrolla las consideraciones teóricas del trauma en la transgeneracionalidad y los mecanismos de transmisión del daño, destacando el nuevo perfil epidemiológico de los consultantes de la segunda generación y analizando lo transgeneracional desde el concepto de trauma psicosocial y sus implicancias estructurales en los modelos de sociedad y sus diversas representaciones.

En «*Transgeneracionalidad del daño y memoria*» del año 2006, Miguel Scapusio nos ofrece una mirada colectiva y estructural del padecer subjetivo y social en distintos niveles como consecuencia del terrorismo de Estado. Con el concepto de trauma social nos presenta el origen sociogenético del daño en sus manifestaciones en la íntima interrelación entre la subjetividad y la sociedad. Después de una revisión de los elementos que se heredan, desarrolla la idea de lo transgeneracional y plantea dispositivos terapéuticos que dan cuenta de estas características, haciendo énfasis en abordajes psicosociales grupales basados en la elaboración y la historización.

Finalmente, Marcela Sandoval y José Luis Tejada, nos muestran en el artículo «*Ángeles custodios: Infancia traumática y mal-estar*» del año 2011, el caso de una hija de sobrevivientes de tortura, la expresión clínica de lo traumático y la experiencia de la aproximación terapéutica. En el análisis de este caso, lo transgeneracional es la expresión del trauma intergeneracional de forma sincrónica, donde una niña que crece en el seno de una familia severamente traumatizada tiene dificultades en reconocerse como sujeto de reparación en tanto sobreviviente durante su infancia. Destacan las presentaciones psicosomáticas encriptadas como expresión de lo no elaborado y silenciado, la vivencia de esos niños

catapultados a lógicas adultas, que son parentalizados frente a una realidad incapaz de darles la contención necesaria. Desarrollan la figura del *custodio* familiar y la necesidad de realizar una elaboración que sea capaz de integrar el pasado con el presente de forma armónica.

Nuestro concepto de daño transgeneracional

La presencia de consecuencias negativas para el psiquismo de los descendientes de víctimas de trauma por represión política se devela del todo relevante tomando en cuenta que la estimación de la población directamente afectada por diversas formas de represión política ejercida por el Estado de Chile durante la dictadura militar alcanzó a alrededor de 800.000 personas (MINSAL, 2000), siendo la mayoría de éstos víctimas de situaciones de traumatización extrema con serias consecuencias en su integridad bio-psico-social. La emergencia de estos jóvenes consultantes portadores de un legado traumático, anuncia un nuevo perfil epidemiológico que amenaza de forma seria la salud mental de la sociedad chilena, prometiendo transformarse en un problema de salud pública.

Este tipo particular de transgeneracionalidad del daño sólo puede comprenderse si entendemos la especificidad del trauma psicosocial severo. La represión política ejercida desde el Estado implica una violencia masiva y planificada como estrategia de con-

trol social y con el fin de neutralizar a opositores políticos. Las consecuencias se expresan tanto en los afectados directamente por esta violencia como en el resto de la sociedad que se ve impactada en distintos niveles (CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC, 2009). La intencionalidad política, la masividad, la severidad y la permanencia de la amenaza en el tiempo de la violencia, la transforma en una *situación traumática extrema* (Keilson en Madariaga 2002), destacando el origen social y político del trauma, lo que lo diferencia de otras situaciones traumáticas que tienen su origen en la naturaleza o en conflictos intrapsíquicos o interpersonales, diferenciándola incluso de otros tipos de violencia humana.

La complejidad del daño producido por esta situación traumática extrema se manifiesta integralmente como consecuencias del denominado *trauma psicosocial* conceptualizado por el psicólogo salvadoreño Ignacio Martín-Baró (1990). En este tipo de trauma las fuerzas originarias del daño se dan en el espacio social como «relaciones sociales aberrantes y deshumanizadoras» (1990:263) que se cristalizan en el sujeto individual pero que afectan de manera estructural a la sociedad y a las relaciones humanas dentro de ésta. En su carácter de psicosocial el trauma adquiere su dimensión histórica, haciendo del sujeto social el protagonista y la representación de los grupos sociales en conflicto. El trauma psicosocial,

si bien afecta a toda la sociedad, lo hace «de manera diferenciada de acuerdo a los grupos y clases sociales en pugna, de manera tal que es posible advertir formas específicas del daño en correspondencia con esa pertenencia social» (Madariaga 2002:10). Las consecuencias en la segunda generación llevan impresas la marca social del trauma.

Entendiendo el origen socio-político del trauma, las condiciones sociales y políticas que emergen posteriores al trauma inicial -como la falta de reconocimiento social, la culpabilización de las víctimas, y por sobre todo, la impunidad existente en la sociedad chilena- causan la aparición de nuevas manifestaciones psicoemocionales de origen traumático, proceso conocido como retraumatización. Ésta, impide la adecuada elaboración del duelo por parte de los sobrevivientes y condiciona la cronificación de las manifestaciones del daño a la salud y el bienestar psicológico de los individuos y grupos. Esta condición de daño permanente y cronificado es un vehículo frecuente de la transmisión del daño en las generaciones sucesivas.

La impunidad tiene diversas manifestaciones en las sociedades latinoamericanas y es el fenómeno por excelencia de producción de retraumatización y cronificación del daño. La imposibilidad de llevar a los violadores de Derechos Humanos ante la justicia constituye una negación a la reparación de las vícti-

mas, y su persistencia impide la elaboración colectiva del trauma, haciendo que los efectos del terrorismo se mantengan activos hasta hoy. A la impunidad jurídica se suma el silenciamiento o tergiversación de los hechos realmente ocurridos durante la dictadura. A este silenciamiento represivo se suma un silenciamiento pasivo como mecanismo para evitar el dolor. Éste impide la integración de la causalidad histórico-política de los hechos que permite la producción de representaciones sociales que otorgan nuevos significados al trauma social vivido (CINTRAS 2009). En la falta de elaboración social y familiar podemos rastrear mecanismos de transmisión transgeneracional del daño.

El daño producido por el trauma psicosocial de la dictadura tiene características de multigeneracional e intergeneracional. Multigeneracional, entendiéndose que fueron afectadas simultáneamente diversas generaciones, intergeneracional en tanto se tradujo en conflictos entre generaciones sucesivas. Lo transgeneracional del daño se refiere a efectos que aparecen de diversos modos en las generaciones posteriores a la situación traumática original (Kordon et al, 1999). Dentro de lo transgeneracional se han desarrollado al menos dos conceptos de *segunda generación*. La mayoría de los estudios latinoamericanos se refieren a la segunda generación desde la relación parento-filial con respecto a las víctimas directas. En

esta acepción del término, los hijos de desaparecidos, ejecutados y torturados son considerados como de la segunda generación, a pesar de haber vivenciado ellos mismos, muchas veces a temprana edad, las consecuencias psicológicas y sociales de lo traumático dentro de sus familias. Una segunda acepción de *segunda generación* nace de los estudios post Holocausto, donde se agrega el criterio de haber nacido con posterioridad a los eventos traumáticos originales. Es en esa última consideración donde lo transgeneracional se manifiesta más nítidamente, porque expresa la proyección del viaje del trauma en el tiempo y cómo es influido por los nuevos escenarios sociopolíticos (CINTRAS 2009) y permite comprender y estudiar los mecanismos de transmisión no vinculados con la traumatización directa.

Considerando las características de trauma psicosocial, entendemos que los diversos efectos que produce en los descendientes de los afectados directos se originan en lo social. Es a esta aparición de consecuencias mediatas como expresión del trauma lo que llamamos *transmisión*. Esta transmisión de origen social como el mismo trauma, se cristaliza y manifiesta instalándose en las familias y en las subjetividades. Los estudios de los mecanismos por los cuales se transmite el trauma de una generación a otra, dan cuenta de esta interrelación colectiva-individual y han sido desarrollados desde di-

versas tradiciones teóricas, tanto desde la psicología social, como de las tradiciones sistémicas y psicodinámicas inter-subjetivas. Observamos diversos mecanismos de transmisión que operan en distintos niveles del funcionamiento humano y que generalmente tienen naturaleza aditiva, pudiendo observar en la segunda generación la mayoría de éstos operando simultáneamente.

Los mecanismos de origen socio-políticos son la principal vía de transmisión del trauma psicosocial y pueden verse operando en la mayoría de los sujetos de la segunda generación traumática. La impunidad y, como parte consustancial de ésta, la retraumatización sucesiva de los sobrevivientes de terrorismo de Estado, se muestran como el núcleo principal del tránsito del daño del pasado al presente con la consecuente cronificación del daño y su penetración en las subjetividades de los jóvenes. La reparación queda siempre inconclusa con el lento avance de la verdad y justicia de los crímenes, observando en la mayoría de los hijos o nietos de las víctimas una importante estigmatización o marca subjetiva y de las representaciones sociales como grupo, transformándose en parte importante de su desarrollo identitario.

Desde una perspectiva sistémica familiar, la *conspiración del silencio* dentro de las familias (Danieli, 1998) constituye un mecanismo muy efectivo de cronificación del daño y su transmisión a las siguientes generacio-

nes. En las víctimas de trauma psicosocial las dificultades para compartir y comunicar sus experiencias represivas frecuentemente se acompañan de una actitud social hacia ellos de indiferencia, evitación, represión y negación de estas experiencias, por la carga emocional que ellas representan. Dentro de sus familias, los sobrevivientes se sienten incapaces de comunicar la experiencia del horror difícilmente simbolizable a sus seres queridos. Se forma entonces un pacto de silencio, donde el sobreviviente evita causar dolor adicional y verse sobrepasado por memorias y emociones intrusivas de lo traumático y los familiares, por otra parte, evitan tocar el tema por saberlo profundamente doloroso. Desde una mirada sistémica, el silencio forma parte de la adopción de mecanismos de adaptación que involucran a todo el sistema familiar para hacer frente a esta situación. Los mensajes no verbales y las emociones disruptivas son vehiculizadas por ese silencio hacia los hijos, que no tienen los medios para poner en palabras la experiencia oculta, evitando su integración y elaboración adecuada. Este silencio familiar tiene su contraparte en el silenciamiento social, el ocultamiento de información, la falta de verdad compartida y validada socialmente, la impunidad y la tergiversación de los hechos.

La falta de elaboración de las relaciones y el material traumático del psiquismo por parte de la segunda generación, frecuentemente se manifiesta con

fenómenos *encriptados*, donde el descendiente no logra vincular sus experiencias actuales con su origen traumático, permaneciendo «invisible pero omnipresente» (Abraham y Torok en CINTRAS, 2009), distorsionando aquello que no se puede nombrar y empleando representaciones parciales y fragmentadas para simbolizar los contenidos de aquello silenciado. Mantenemos la postura que frente a lo *indecible* de la primera generación, en tanto que conocido pero no hablado, se vuelve *innombrable* en la segunda generación, dado que existe una vivencia psíquica que no puede ser representada verbalmente.

Por otro lado, las familias recurren a dinámicas relacionales características para adaptarse a las consecuencias de lo traumático, que influyen de diversa forma en los descendientes. Observamos en las familias de nuestros pacientes de la segunda generación múltiples configuraciones que siguen la línea de lo descrito por Danieli (1985). En las familias *víctimas*, el descendiente, generalmente parentalizado, se hace cargo del bienestar de sus padres frecuentemente sobrepasados emocionalmente. Los descendientes dentro de familias *emocionalmente apáticas* suelen crecer sin demostraciones de afecto y suelen mantener ese sentimiento de soledad en la adultez. En las familias *luchadoras*, cualquier signo de debilidad del descendiente es repudiado y se desarrollan muy controlados emocionalmente. En las familias de *aquellos*

que lo lograron, siempre muy presionados por alcanzar logros sociales y frustrados por no poder satisfacer las altas exigencias de los padres (CINTRAS 2009).

Como resultado de los diversos mecanismos de transmisión de lo traumático, nos enfrentamos a una segunda generación con serias dificultades para lograr una elaboración tanto individual, familiar y social del legado traumático que impacta en el desarrollo de su identidad y en sus relaciones consigo mismo y con los otros.

Los alcances y las diversas formas de manifestación del daño transgeneracional de descendientes de segunda generación de sobrevivientes de tortura nacidos en democracia han sido objeto de una investigación por parte de CINTRAS (2009). En ésta, a través de análisis descriptivos cualitativos de entrevistas, grupos focales y un caso familiar, podemos profundizar en la manera que influye la transmisión del daño transgeneracional en los procesos de construcción de identidad. Sus conclusiones nos entregan caminos para apoyar a este grupo en la integración de su legado traumático, que muchas veces está fuertemente asociado con la presentación de malestar psicoemocional novedoso en una etapa crucial de su desarrollo adolescente.

El principal hallazgo de esta investigación fue la presencia evidente de procesos individuales, familia-

res y grupales que dan cuenta de la existencia de un legado traumático de características diversas, marcado por la singularidad de las expresiones tanto en los jóvenes como en las familias. Este trauma en la nueva generación «es siempre específico e individual, irrepetible, al mismo tiempo que refleja en su singularidad una condición y ciertas características generales del trauma psicosocial que dan cuenta de una experiencia colectiva» (CINTRAS, 2009:128). Observamos el mismo fenómeno que describe Tisseron cuando nos habla de la *influencia* para enfatizar que la transmisión no opera como un condicionante rígido, sino que es recibido por el descendiente que funciona como un sujeto activo, procesando el material recibido desde sus características singulares y manifestándolo de una manera única, con la posibilidad de elaborar cargas potencialmente dañinas sin poner en riesgo su estabilidad psíquica.

Muchos de estos adolescentes cargaban con las consecuencias del silencio dentro de sus familias, manejando información general y vaga acerca de la experiencia traumática de sus padres. La alta carga emocional con la que viajaba este silencio a modo de cripta, permite que se desarrollen espacios de sentido para las construcciones de sus representaciones, donde la falta de información era completada con elementos de fantasía y ficción. Esta dificultad en la comprensión de la historia familiar se acompañaba

frecuentemente de una alta movilización emocional cargada de culpas, rabias y sentimientos de abandono, dando paso a posturas ideologizadas y rígidas.

Por otro lado, estos jóvenes daban cuenta de gran diversidad de dinámicas familiares, donde primaban dinámicas rígidas que dificultaban la aparición de las crisis esperables durante el desarrollo de la personalidad. Se observaron estilos autoritarios de crianza sumados a estilos aprensivos, potenciados por comunicaciones inseguras que dan cuenta de una amenaza originada en el quiebre vivencial de los padres. Esta amenaza, con la que los adolescentes lidiaban de una manera ambivalente, se transmitía a los descendientes a manera de *influencia*. Constatamos además que los estilos *emocionalmente apáticos* se asocian a sentimientos de abandono y a la confusión de la identidad, nivel del desarrollo de la identidad más vulnerable.

Estamos concientes de la importancia crucial de la imposibilidad de elaborar el trauma en la primera generación para su transmisión a los descendientes. Además de los mayores niveles de malestar presentes en estos jóvenes, ellos cargan el desafío de completar la elaboración inconclusa de la primera generación. En palabras de Robert Jay Lifton, «Todos los sobrevivientes experimentan una lucha (para) darle forma o sentido a una experiencia de otra forma

incomprensibles y, sobretodo, a su supervivencia (...) los descendientes de los sobrevivientes deben hacer lo mismo, excepto que en su caso el sentido buscado tiene que ver con su propia relación con un evento que ocurrió antes de que nacieran. Las experiencias de sus padres surgen terribles y misteriosas, casi inconocibles» (en Danieli 1998: xiii, traducido)

Muchos jóvenes poseen la carga de lo traumático que se reactualiza hasta el día de hoy en la sociedad chilena y en sus propias subjetividades. La máxima expresión de este legado se evidencia en ellos cuando los entendemos como sujetos sociales, donde los procesos de traumatización no operan sobre ellos de manera pasiva, sino que adquieren un rol activo en la relación dialéctica individuo-sociedad (Brinkmann, 2006). Son estos jóvenes los que se resisten a ser vistos como víctimas y emergen en los últimos años como actores políticos actuando como luchadores sociales activos y potenciales agentes de cambio. Estos cambios sociales también se transforman en potenciales mecanismos de cura del trauma psicosocial. Esto no significa que al evidenciar las consecuencias de lo traumático no deban ser además sujetos de reparación integral, por el contrario, nos parece que la sociedad chilena mantiene una deuda en este sentido. Una deuda con estos jóvenes de la segunda generación. Una deuda con la sociedad toda.

Daño transgeneracional: Implicancias terapéuticas

El daño transgeneracional como fenómeno emergente de malestar subjetivo y social nos plantea las preguntas y desafíos sobre aproximaciones terapéuticas o psicosociales que puedan modificar los mecanismos de transmisión del daño, para así permitir el avance en la reparación integral de estos adolescentes y adultos jóvenes largamente invisibilizados por las políticas de reparación chilena. La profundización en el conocimiento de estos jóvenes y la evaluación de los factores de riesgo y protectores del fenómeno se hacen del todo necesarias para planificar y estudiar la efectividad de trabajos específicos en estos grupos, que tengan aproximaciones preventivas, que eviten la estigmatización y que estén originadas o articuladas con los programas de reparación en salud estatales.

La naturaleza psicosocial del problema plantea desafíos aún mayores, entendiendo que la práctica médico-psicoterapéutica individual tradicional no parece reunir las condiciones para facilitar procesos de cambio preventivos, en adolescentes y jóvenes que no suelen tener quejas de salud tradicionales y que requiere modificaciones de contexto y de las relaciones sociales dañadas por el trauma. Es en ese contexto que nuestro equipo de CINTRAS actualmente lleva a cabo una investigación que busca probar la

utilidad de estrategias psicosociales y grupales para prevenir el daño de jóvenes de la segunda y tercera generación traumática.

Los modelos de trabajo psicosociales permiten el acceso a la realidad histórico-social contextualizada del trauma, sin dejar de lado aquellos aspectos psicológicos específicos que necesitan ser elaborados. Por sobre todo, las aproximaciones psicosociales permiten facilitar un espacio donde tratar lo inter-subjetivo y colectivo, además de posibilitar la transformación individual y del entorno. El fortalecimiento de la comunidad como objetivo específico no solamente permite tratar los factores identitarios en riesgo, si no que aportar a la reparación de un tejido social seriamente dañado por el terrorismo de Estado y la etapa transicional.

Los dispositivos grupales ya han sido probados por otros en este mismo sentido, tanto en experiencias internacionales (Danieli, 1985; Bar-On, 1998) como latinoamericanas, como lo plantea Kolker (2009) con el *proyecto clínico-grupal* y Scapusio (en la tercera parte de esta monografía) con los *talleres de memoria*. La identidad individual y grupal amenazada se convierte en un objetivo a ser fortalecido y reparado. En este sentido Bar-On plantea cómo en estos dispositivos «se puede testear, construir y reconstruir aspectos indiscutibles de su identidad y memoria en relación con ellos mismos y los otros rele-

vantes» (1998:98). Por lo demás, son dispositivos basados en el diálogo entre pares donde se puede contrastar y resignificar la memoria histórica y la identidad individual y colectiva.

Uno de los principios que guía los trabajos preventivos y reparatorios en la segunda generación traumática es que la conciencia de los significados de la adaptación/resistencia post-traumática y la integración de las experiencias familiares en la subjetividad e identidad son potencialmente liberadoras y permiten la elaboración que inhibirá la transmisión del daño a las generaciones sucesivas. La elaboración de la experiencia en la generación de descendientes supone «la integración del trauma en el periodo de vida actual, de manera que se transforme en una parte significativa de la identidad, jerarquía de valores y orientación de vida de los descendientes de los sobrevivientes» (Danieli, 1985: 304)

Tenemos la certeza que cualquier proceso psicosocial grupal que busque la integración de la experiencia de las familias y del país en las subjetividades de los descendientes debe apuntar a que se comprendan como parte de una historia social y familiar llena de sentido compartido. En la búsqueda de nuevos caminos y posibilidades de resignificación de las consecuencias del trauma socio-político, cabe inscribir la experiencia familiar dentro de la cues-

tión del poder y la dominación, pero por sobretodo de la resistencia de los actores sociales involucrados y de su lucha por la justicia y dignidad. Con este fin, es necesario aumentar los niveles de conciencia de la historia político social chilena y latinoamericana, especialmente de los sentidos de los movimientos político-sociales o culturales de los que la primera generación fue protagonista.

Referencias bibliográficas

- Bar-On, D., Ostrovsky, T. y Fromer, D. (1998). Who am I in relation to my past, in relation to the other?. En Danieli, Yael. (Ed.). *International Handbook of Multigenerational Legacies of Truma*. Nueva York: Plenum Press.
- Brinkmann, B. (2006). Trauma psicosocial. La justicia es salud. *Reflexión* 32: 24-27.
- CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ y SERSOC. (2009). *Daño Transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur*. Santiago de Chile: LOM.
- Danieli, Y. (1985). The treatment and prevention of long-term effects and intergenerational transmission of victimization: A lesson from Holocaust survivors and their children. En Figley, C. (Ed.). *Trauma and its wake*. Nueva York: Brunner/Mazel.

- Danieli, Y. (Ed.). (1998). *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*. Nueva York: Plenum.
- Keilson, H. (1992). *Sequential traumatization in children*. Jerusalén: The Magnes Press.
- Kolker, T. (2009). Problematizaciones clínico políticas acerca de la permanencia y transmisión transgeneracional de los daños causados por el terrorismo de Estado. En CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC: *Daño Transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur*. Santiago: LOM.
- Kordon, D., Edelman, L., Lagos, D., Kresner, D, Schejtman, S. y Lagos, M. (1999). *Memoria e identidad*. Disponible en Web: www.eatip.org.ar/textos/MEMORIAEIDENTIDAD.html.
- Madariaga, C. (2002). *Trauma psicosocial, trastorno de estrés postraumático y tortura*. Santiago de Chile: CINTRAS, serie monografías.
- Martín-Baró, I. (1990). Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño. En Martín-Baró, I. (Ed.). *Psicología social de la guerra: Trauma y terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- MINSAL. (2000). *Norma Técnica para la atención de personas afectadas por la represión política ejercida por el Estado en el periodo 1973-1990*. Santiago de Chile: MINSAL.

Daño transgeneracional en Chile. Apuntes para una conceptualización

Carlos Madariaga¹

Publicado en Revista Reflexión N° 30, Santiago, Chile, Septiembre 2003, págs. 11-16

Acaban de cumplirse treinta años del golpe militar, fecha que no ha dejado indiferente a ningún chileno: a los afectados directos por el terrorismo de Estado, debido a la remoción de representaciones, vivencias y afectos asociados a sus propios acontecimientos traumáticos; a los que se identificaron con el poder y han debido enfrentar cambios importantes en las lecturas que la sociedad empieza a hacer de ese período; a esa inmensa masa ciudadana que vi-

¹ *Médico psiquiatra y terapeuta de familia, Director Clínico de CINTRAS Iquique, Jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital Regional de Iquique.*

vió y vive ese tiempo histórico desde una falsa conciencia de no involucramiento, prescindencia o negación de vínculos con este trauma social.

Las diversas evaluaciones realizadas en estos días en torno de la historia del país a partir de septiembre de 1973 en el marco de una ofensiva mediática, una inmensa cantidad de jornadas de reflexión, actos conmemorativos, edición de decenas de textos alusivos, eventos internacionales, etc. han marcado un viraje en la percepción colectiva respecto de cuestiones como la figura de Salvador Allende, las causas esenciales del golpe militar, la magnitud del genocidio, la imagen de Augusto Pinochet, el rol de Estados Unidos en la tragedia. Hemos vivido tal vez el más masivo y potente proceso desmistificador de la historia reciente del país en unas pocas semanas. Algo importante ha sucedido en el nivel de las representaciones sociales y del imaginario colectivo de Chile: muchos mitos y estereotipos surgidos con la guerra psicológica de la dictadura militar y recreados por la transición a la democracia han caído estrepitosamente. Ha sido un multifacético esfuerzo de reconstrucción de la memoria social a partir del testimonio fidedigno aportado muchas veces por protagonistas anónimos y desconocidos de la historia, indesmentibles.

Es una luz de esperanza en momentos en que el Estado chileno persiste en imponer la impunidad sobre los crímenes de la dictadura, cuestión que ha vuelto

a ser puesta en juego con la propuesta de reparación del Presidente Lagos, en la cual se percibe un mecanismo exculpatorio evidente para los violadores de derechos humanos. La impunidad sigue siendo el principal factor retraumatizador en los tiempos actuales; su efecto deletéreo en el psiquismo individual y colectivo de las víctimas está ya debidamente documentado en diversas publicaciones científicas y ratificado en las demandas de asistencia médico-psicológica a raíz de exacerbaciones sintomáticas y recaídas de nuestros consultantes. Por otra parte, el neoliberalismo, erigido en sistema global de dominación, con sus mecanismos de control social ideológicos, culturales y contravalóricos, establece una influencia determinante en la producción de formas de subjetividad más vulnerables ante la influencia disruptiva de los procesos psicosociales traumáticos incubados en el subconsciente colectivo. De esta forma, un modelo de sociedad basado en la absolutización del consumo y el colapso del sujeto, al mismo tiempo que sostenedor de viejos y nuevos mecanismos de impunidad, es el escenario histórico en el que se despliegan las formas actuales del trauma psicosocial.

Componentes actuales del trauma

Una de las características del trauma psicosocial en el Chile de hoy se relaciona con las víctimas de primera generación, los sujetos que vivieron en su

propio cuerpo la experiencia represiva. Se trata de personas que en gran número ya han cumplido su ciclo vital o bien se encuentran en el umbral de la muerte. Es la generación protagonista de los hechos históricos, aquella que vivió el terrorismo de Estado. Su perfil biomédico y psicosocial es el de personas con frecuentes enfermedades físicas (principalmente degenerativas y en co-morbilidad), recurrentes trastornos psiquiátricos y psicológicos, envejecimiento precoz, precarias condiciones de subsistencia, deterioro marcado de su calidad de vida. Se han muerto o se están muriendo en una condición de impunidad para sus victimarios, cuestión de alta significación en relación con la herencia traumática.

Una segunda característica es la transgeneracionalidad del daño, las repercusiones del trauma en los hijos y nietos de las víctimas primarias del terrorismo de Estado. Emerge cada vez con más fuerza este nuevo consultante que demanda apoyo psicológico dando cuenta de una herencia traumática de la que no siempre está plenamente consciente. Se trata de un viraje epidemiológico que anuncia un nuevo y grave problema de salud pública, y que amenaza con producir un inevitable impacto en la salud mental de la sociedad chilena. El contexto impune, que perturba directamente los procesos de duelo y la rehabilitación en primera generación, es el principal mecanismo psicosocial de perpetuación del trauma

en las nuevas generaciones; la transgeneracionalidad constituye la nueva forma que adquiere en el presente el trauma de la dictadura.

En los últimos tiempos han ido emergiendo desde el fondo anónimo del sujeto social estos nuevos actores, dando origen a diversas formas del psiquismo social, a nuevos relatos, multiformes y contradictorios. Precisamente en esta complejidad se expresa la profunda disrupción que el fenómeno traumático induce en la intersubjetividad. Están, por una parte, aquellos jóvenes que se han identificado con la cosmovisión y los mandatos del padre violentado y se organizan para incorporarse de lleno a la acción política, que reivindican no sólo el proyecto histórico-vital de aquel sino también sus ideales sociales, sus posiciones ideológicas; predominan en ellos los discursos combativos y militantes. Están también aquellos otros que toman distancia activa de las historias parentales y legitiman formas de inserción social de corte individualista ligadas al logro del éxito personal; han asimilado los valores hegemónicos y asumen un posicionamiento ideológicamente crítico del pasado familiar como mecanismo intrapsíquico que gradúa las distancias emocionales con los eventos traumáticos de la generación anterior. Está también esa gran masa juvenil que construye formas de sujeto social a partir de la ausencia total de vinculación con el trauma de los

padres pero con graves dificultades adaptativas a las exigencias del mundo moderno; sólo es posible sospechar sus interrelaciones a partir de desajustes psicosociales que en el nivel individual adquieren la forma de procesos mórbidos asociados a subculturas como la marginalidad, la violencia social, la delincuencia, las adicciones, etc. Formas todas ellas de construcción y deconstrucción de subjetividades que tienen en la base una desigual manera de representación y simbolización de los eventos traumáticos que están inscritos en la historia familiar y en el mundo social en el que les ha tocado vivir.

La afectación en segunda y tercera generación hace del trauma psicosocial un problema del presente y del futuro de la sociedad chilena, toda vez que su impacto sobre el psiquismo colectivo constituye una grave amenaza para las expectativas de producción de un nuevo sujeto histórico, de un sujeto enriquecido en su visión de mundo y en sus sistemas valóricos y morales con principios humanistas universales asociados a una profunda valoración de la persona humana y la vida. La amenaza fantasmática del pasado traumático sobre la sociedad actual representa en sí misma la dolorosa derrota del Estado chileno en los esfuerzos reparatorios; sus consecuencias adquieren materialidad dentro del tejido social, en ocasiones subrepticamente y en otras en forma abierta y desgarradora.

Nuestro concepto de trauma

Nuestra lectura de la transgeneracionalidad del daño se vincula con la concepción de trauma con la que hemos operado en la institución. En lo sustantivo contiene los siguientes elementos:

- La psicopatología y los disturbios psicológicos y psicosociales producidos por el terrorismo de Estado son esencialmente diferentes a los hallazgos de la práctica psiquiátrica y psicológica general. No nacen de la interioridad del psiquismo ni a partir de conflictos intersubjetivos, arrancan de acontecimientos políticos.

- Son efecto de estrategias de control social que nacen de políticas de Estado fundadas en ideologías y planes internacionales de dominación, lo que nos remite a un nuevo tipo de causalidad, a una sociogénesis del trauma.

- El trauma adquiere su máximo significado en tanto trauma psicosocial; es aquí donde alcanza su dimensión plena como acontecimiento histórico. En este nivel se aclaran las interrelaciones del fenómeno y se verifican sus efectos fundamentales como estrategia de dominación política por vías violentas.

- El psiquismo individual representa la personalización del sujeto social. El sujeto afectado es la verificación del trauma social en su singularidad y uni-

cidad. En la especificidad del drama particular es posible identificar los componentes más generales del trauma, comunes a otros sujetos, pero mediatizados por las peculiaridades de su psiquismo.

- El daño individual registra la afectación directa de la unidad biopsicosocial del sujeto, en grados variables, concordantes con las características singulares de la persona. (Madariaga, 2002a)

Esta perspectiva del trauma nos vincula con el concepto de «situación traumática», en el sentido que el trauma de la dictadura no remite a un hecho único y estanco en el tiempo sino a un *continuum* de eventos traumáticos, que operan con diversa intensidad en distintos momentos biográficos de la persona humana. Una mirada situacional proyecta la experiencia singular a las relaciones que ésta tiene con el contexto social en el que se desarrolla, dándole pleno sentido en tanto acontecimiento inscrito en el devenir histórico.

El trauma en la transgeneracionalidad

Tisseron, en un texto clave sobre la transmisión psíquica, recoge la siguiente idea de N. Abraham acerca de su «teoría del *fantôme*»: «El individuo es un grupo interiorizado cuya psique está sometida a la prueba de las generaciones». (Tisseron, 1995:11) La inclusión de la idea de «grupo interiorizado» como cues-

ción definitoria de la persona singular descansa en la necesidad de fundar el psiquismo del sujeto en la presencia de los vínculos sociales como punto de arranque de sus procesos intrapsíquicos. A partir de este principio teórico todo el análisis posterior que el autor desarrolla acerca de la herencia generacional está basado en la dialéctica sujeto individual – sujeto social. Inevitable recordar la VI Tesis sobre Feuerbach de K. Marx en «La ideología alemana» que señala que el hombre es en su esencia el conjunto de las relaciones sociales (Marx y Engels, 1968).

En otro lugar el autor vuelve sobre este principio epistemológico: «El funcionamiento psíquico de cada uno no está determinado sólo por los conflictos comunes a la especie y por los accidentes singulares de cada vida. También está marcado para cada uno por las huellas de los conflictos comunes y de los accidentes singulares que marcaron la vida de los padres, de los abuelos, de los colaterales y de los amigos». (Tisseron, 1995:17) Se definen aquí los términos de la experiencia humana en la interrelación ilimitada del sujeto no sólo con los vínculos sociales del presente sino también con los lazos que lo atan con sus orígenes familiares, tanto cercanos como remotos. La comprensión del trauma, por consiguiente, tanto en la primera generación como en las siguientes, alcanza su «esencia», en el sentido planteado por Marx, cuando apprehendemos la totalidad de sus re-

laciones históricas: los eventos del presente y del pasado; las relaciones del sujeto con los diversos subsistemas sociales con los que interactúa. El hecho de estar sometido a «la prueba de las generaciones» resalta la trascendencia de la temporalidad del campo vivencial del sujeto, que trasciende su tiempo realmente vivido más allá de su nacimiento, lo que introduce campos relacionales pretéritos que podrían estar prefigurando su propio psiquismo. La prueba de las generaciones deviene así un proceso mediante el cual un conjunto de eventos socialmente contruidos en el pasado pasan por el filtro psíquico del individuo otorgándole ciertas particularidades, algunas de ellas al modo de traumas heredados, de carga fantasmática.

Considerando precisamente esta multiplicidad de procesos que vinculan sujeto individual y social, presente y pasado en la configuración del psiquismo individual -procesos que admiten en el mundo psíquico personal la coexistencia de un componente absolutamente singular, único e irrepetible y de otro de carácter social que lo remite a la experiencia histórica, a una cierta característica general de la sociedad humana concreta a la que pertenece- no es imaginable que esta herencia que se «transmite» generacionalmente sea entendida como mera trasposición de los eventos psíquicos, como reproducción o repetición. Ello implicaría una concepción me-

cánica del psiquismo individual en la que primaría la pasividad o la neutralización de todo aquello que hace a su unicidad y, por lo tanto, a su capacidad transformativa del material psíquico. Se hace necesario entender lo transmisible como material proveniente del psiquismo familiar al modo de provocación, de influencia o de interferencia sobre el sujeto que lo hereda; en cualquiera de los casos, será sometido inevitablemente a un procesamiento específico (singularísimo) en la interioridad del psiquismo individual y dará nacimiento a nuevas realidades psíquicas, absolutamente únicas e irrepetibles. Esto explica, en gran medida, el hecho que tras la experiencia traumática de la dictadura militar en las nuevas generaciones emerjan formas tan disímiles de subjetividad, explica el que un hijo de ejecutado político haya optado por el compromiso militante y la reivindicación de su progenitor en actitud de lucha, que otro hijo con experiencia similar haya tomado distancia con su historia familiar y se refugie en grupos de pertenencia marginales y que un tercero se posicione exitosamente en el sistema identificándose ideológicamente con el mismo.

Tisseron entiende «influencia» como un concepto que ayuda a comprender la capacidad del individuo para procesar y re-crear el material psíquico; a partir de ello puede orientar su campo representacional y motivacional hacia objetivos de vida propios, sean

éstos alienantes o liberadores. Esto lo hace sujeto activo y protagónico de su propio devenir, de forma tal que el material traumático heredado no constituye necesariamente un obstáculo insalvable para su estabilidad psíquica. En ocasiones será capaz de introyectar ese material evitando la herencia familiar traumática, en otras se constituirá en cripta o en carga fantasmática como resultado del fracaso del intento introyectivo. En este último caso enfrentaremos el desafío de la reinstalación de la trama traumática en la última generación. En ambos casos la influencia es recíproca: el material transmisible - o lo traumático- afecta el psiquismo del sujeto y este último lo procesa y lo utiliza en su campo simbólico y en su mundo comportamental generando una toma de posición frente al mismo, reflejo del cambio psíquico producido. En este mismo sentido Martín-Baró desarrolla su idea del carácter interactivo de lo traumático con la persona afectada (la interdependencia del fenómeno) derrumbando el mito de la unilateralidad de lo traumático: el origen contextual del trauma coloca al individuo afectado en una posición de sujeto-objeto de la violencia política de forma tal que no se reduce a una mera condición de víctima, tiene la posibilidad de reaccionar, de recuperar un cierto protagonismo frente a lo vivido, posicionarse frente al contexto e incluso de modificarlo en su beneficio (Martín-Baró, 1990).

Los mecanismos de la transmisión

La especificidad del trauma derivado de violaciones a los derechos humanos ha modificado en muchos autores provenientes de la teoría freudiana la concepción del trauma primigenio y el peso específico de las experiencias traumáticas tempranas como único corpus explicativo del trauma actual. Ha sido la radicalidad y el dramatismo de los horrores asociados a este tipo de experiencias lo que ha impulsado a los investigadores a circunscribir lo explicativo al aquí y el ahora de la experiencia traumática. Nicolas Rand, a propósito del análisis freudiano de la obra «El hombre en la arena» de E. Hoffmann, señala: «Seamos claros. Apreciamos grandemente el principio metodológico freudiano que permite ligar las manifestaciones de una perturbación psíquica a fuentes profundas, en lo inmediato inaccesibles para quien las sufre. Sin embargo, no siempre podemos confirmar las causas propuestas por Freud, tales como la represión de los deseos sexuales, las fantasías de orden pulsional, los complejos de Edipo y de castración» (Tisseron, 1995:44). En el mismo sentido, Daniel Stern da por superada la concepción de la evolución psíquica como períodos marcados por ciertas fijaciones y sugiere más bien la idea de un desarrollo continuo susceptible en todo momento de ser perturbado por experiencias traumáticas, las cuales no

serían necesariamente una reedición del trauma infantil (Stern, 1989). A la consolidación de este concepto ha contribuido notablemente el estudio del trauma del holocausto nazi en Europa y posteriormente el de las dictaduras militares en América Latina.

Con base en este planteamiento teórico han surgido importantes aportes a la interpretación de los mecanismos de transmisión desde el psicoanálisis. *La teoría de las lagunas de la introyección* es una de ellas: el fracaso de algunos sujetos en la asimilación psíquica de experiencias con alta carga emocional induce la producción de un evento traumático y la gestación de un fenómeno de «inclusión» consistente en la incorporación en el nivel yoico de los sentimientos, emociones, pensamientos y representaciones movilizadas alrededor de dicha experiencia. El evento es condenado al secreto configurándose una «cripta», que opera como el espacio intrapsíquico que almacena lo traumático ocultando a la conciencia del sujeto toda relación de significado con su producción psíquica. El duelo se hace imposible en condiciones de un yo incapaz de conectarse con los eventos traumáticos, situación que puede permanecer así durante toda la existencia. Existirían diversas modalidades de incorporación de la cripta con el fin de restablecer la introyección fallida, dependiendo del campo de elaboración psíquica utilizado: representaciones, afectos, estados corporales, comportamiento.

La teoría del fantasma, en estrecha relación con la anterior, es otro intento interpretativo de la transmisión psíquica del trauma. Postula que ésta se origina en el intento inconsciente del individuo por dar integralidad o sentido a una laguna yoica que tiende a generar al mismo tiempo otra laguna a nivel superyoico. La clínica del fantasma en segunda generación -los procesos de cura en la psicoterapia- permite llenar los vacíos ya señalados y, por consiguiente, restablecer en el nivel simbólico las significaciones de los eventos traumáticos, su inscripción histórica y la creación de nuevos mecanismos de asimilación de la experiencia.

Junto a los fenómenos inclusivos, de cripta y las tramas fantasmáticas, hay una serie de otros procesos psíquicos de trascendental importancia para la comprensión del daño transgeneracional y para la implementación de estrategias de intervención psicoterapéutica que permitan restituir la funcionalidad del psiquismo a partir de la elaboración de lo no dicho. Uno de ellos se relaciona con el *clivaje*, con lo no elaborado y su consecuencia: la producción de estadios psíquicos que perciben lo traumático como lo indecible, lo innombrable o lo impensable, de acuerdo al nivel de distanciamiento que el evento va teniendo de los planos yoicos a medida que pasan los años y transcurren las generaciones. El *secreto de familia* y su asociación con *lo ominoso* constituye otra

forma del psiquismo individual, familiar y colectivo en el que se refugia la trama traumática impidiendo su elaboración y creando formas distorsionadas de simbolización y representación.

Referencias bibliográficas

- Bastías, A., Mery, C., Rodríguez, C., Soto, C. (2001). *Expresión de la transgeneracionalidad del daño en una muestra de personas afectadas por el terrorismo de Estado en Chile*. Tesis de grado, Universidad Central, Santiago.
- Busch, S., Mangado, M. E., Robaina, M. C. (2002). Acerca de los efectos psicosociales en la segunda generación. En: CINTRAS, GTNM/RJ, EATIP, SERSOC (Eds.). *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.
- Danieli, Y. (Ed.). (1998). *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*. New York: Plenum Press.
- Gomel, S. (1997). *Transmisión generacional, familia y subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Lugar.
- Kordon, D., Edelman, L. (2002). Impacto psíquico y transmisión inter y transgeneracional en situaciones traumáticas de origen social. En: CINTRAS.

- EATIP, GTNM/RJ, SERSOC. (Eds). *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.
- Madariaga, C. (2002a). Tortura y trauma: El viejo dilema de las taxonomías psiquiátricas. En: *Reflexión* 28:4-8.
- Madariaga, C. (2002b). *Trauma Psicosocial, Trastorno de Estrés Postraumático y Tortura*. Santiago: Serie Monografías CINTRAS.
- Martín.Baró, I. (Ed.) (1990). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- Marx, K., Engels, F. (1968). *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblo Unido.
- Stern, D.N., (1989). *Le monde interpersonelle du nourrisson*. París: PUF.
- Tisseron, S., et al. (1995). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu.

Transgeneracionalidad del daño y memoria

Miguel Scapucio²

*Publicado en Revista Reflexión N° 32, Santiago,
Chile, Julio 2006, págs. 15-19*

Quienes trabajamos en instituciones cuyo cometido es la defensa y promoción de los DD.HH., tenemos la responsabilidad de entender e investigar los medios a través de los cuales el terror experimentado en épocas pasadas puede estar expresándose hoy en la subjetividad y en las características de la vida relacional de toda una población.

Actuamos en un campo en el que emerge, de múltiples maneras, la dimensión de «lo humano» con sus ideales, sus valores y sus dignidades, y en el que

² *Psicólogo de SERSOC (Servicio de Rehabilitación Social, Uruguay).*

se trata en última instancia de la vida y su potencial de transformación.

Por ello, pensamos que es en esa vida que se recrea diariamente en el núcleo familiar, en las relaciones entre los géneros, en el mundo cada vez más complejo del trabajo y de la exclusión, en los códigos culturales, en los distintos posicionamientos a través de los que interactuamos, en el accionar de los colectivos, donde debemos intentar descubrir cómo y qué subjetividad está siendo producida y buscar los elementos con los que individuos y grupos van construyendo sus estrategias identitarias y sus lazos de inclusión en la comunidad de la que forman parte.

Pero también es necesario advertir cómo en la vida cotidiana están las marcas de las situaciones históricas vividas; cómo los signos de la violencia del terrorismo de Estado pueden estar presentes hoy no sólo en el cuerpo y el psiquismo de los afectados, sino en cada trama del tejido social. Porque sabemos que esa diferenciación entre afectados y otros que (aparentemente) no lo fueron es engañosa, que los períodos de terror político, de violencia desatada por el Estado tienen efectos sobre toda la sociedad.

Es cierto que hubo miles de directamente afectados, pero el dantesco ejercicio de fuerza y brutalidad que se hizo sobre ellos persiguió que los demás integrantes de la sociedad fueran también afecta-

dos. Por ello, el trabajo con quienes fueron presos, torturados, perseguidos y sus familiares, tiene que poder incluir esta expresión del daño dentro de los padecimientos sociales.

Trauma social y daño

Daño es la resultante, el efecto de la irrupción de la situación traumática con sus secuelas subsiguientes de pérdidas y dolor. Con la particularidad de que -a diferencia de otras situaciones, un terremoto, un cataclismo o incluso situaciones vinculadas a la violencia interpersonal (violencia familiar, maltrato, etc)- hubo en el accionar del terrorismo de Estado la intencionalidad de provocar ese daño. No se trató de excesos ni del accionar de algunos sujetos perturbados o sádicos. Se trató de un conjunto de acciones planificadas sistemáticamente por parte de quienes detentaban el poder del aparato estatal para ocasionar daños físicos, psicológicos, emocionales, económicos y sociales a quienes fueron señalados para que a través de ellos la sociedad advirtiera el horror de lo siniestro como realidad concreta.

Por eso, entenderemos aquí el daño como todo tipo de afectación o menoscabo a la integridad de las personas y a la trama social que las sustenta. A la alteración y eliminación deliberada -utilizando la fuerza y el poder- de un devenir potencialmente produc-

tivo de lo individual y lo colectivo en el que se conjugan y se enlazan los destinos personales y sociales.

Y, además, se trata de ver que el daño no es algo que cese porque la causa haya cesado con el término de las dictaduras y el terror de Estado, sino algo que sigue aconteciendo, sustancialmente como efecto de la impunidad y la no reparación y la consiguiente frustración en relación a los ideales de justicia, con la repercusión que esto tiene en las expresiones subjetivas.

Señala Carlos Madariaga: «La impunidad constituye el mecanismo retraumatizador por excelencia; su efecto deletéreo sobre el psiquismo individual y colectivo está hace ya tiempo debidamente probado en términos científicos. Sin embargo, nada ha logrado (ni siquiera la razón teórica) que el Estado chileno (tampoco el uruguayo, acotamos nosotros) asuma su responsabilidad histórica y se disponga a una reparación real que se sustente en pilares básicos como la moral, la política, la cultura, la ley, la salud.»

«Recuperada la democracia formal,» –expresa Giorgi– «la impunidad, el silencio y el olvido, ejes centrales de las políticas post-dictaduras, imposibilitaron la elaboración colectiva, haciendo que los efectos de la etapa del terror se mantuvieran activos hasta nuestros días. Sobre esa ‘herida histórica’ se produjo en la década de los 90 la ofensiva ideológica y cultural del neoliberalismo», acentuada actualmente por la asfixia

económica y las amenazas de la intervención militar que esgrime con arrogancia la potencia imperial.

La violencia y la guerra son realidades que atraviesan cada dimensión de la vida en el mundo actual. Esta omnipresencia supera cuanti y cualitativamente a situaciones bélicas y post-bélicas del pasado, particularmente la segunda guerra mundial y el terror nuclear que caracterizó a las décadas posteriores a su culminación.

Hoy en día lo insólito se ha transformado en acontecimiento casi cotidiano al impulso del cinismo del capitalismo mundial integrado. Prueba de ello son el empobrecimiento de nuestros países (como el de otras vastas regiones del mundo), con sus incontables masas de desocupados y excluidos, enormes sectores de la población viviendo en niveles de «miseria absoluta» y Estados en quiebra y vaciados por la corrupción, que abandonan servicios esenciales como la seguridad social, la educación y la salud.

Estas lógicas signadas por la guerra, en las que se combinan poderes militares y económicos sin precedentes, configuran -como señala Baudrillard- un terrorismo virtual de efectos permanentes en todas y cada una de las expresiones de la subjetividad contemporánea.

La división del mundo en «ejes del bien» (EE.UU. y sus aliados coyunturales) y «ejes del mal», en los

que se incluye por ahora a algunos regímenes integristas y despóticos, pero que podría extenderse progresivamente a cualquier país, organización política, etnia o colectivo de cualquier tipo que se oponga a los intereses imperiales, muestra claramente la intención de implantar «la sociedad única, el pensamiento único, las formas de vivir únicas», en donde lo diferente se elimina a través de la guerra preventiva, la segregación económica de las regiones a las que se quiere controlar y las colosales campañas propagandísticas que apuntan a «anestesiarse» a la opinión pública mundial sobre lo que se está llevando a cabo.

Esto también es producción de daño. Para todas las generaciones, pero en particular para las que, por razones etéreas, anhelan proyectarse hacia el futuro. Por ello es que pensamos hoy que, sin dejar de realizar la asistencia psicosocial a las víctimas del terrorismo de Estado, el trabajo clínico debería utilizar lo aprendido en esos espacios para trascenderlos, para encontrar las huellas del daño en las diversas expresiones de la subjetividad actual.

Mi interés es mostrar ciertas expresiones en las que se acoplan lo heredado por el terrorismo de Estado con las angustias del momento actual del mundo en el campo de lo subjetivo, entre las que podemos destacar:

a) Miedo: esto incluye tanto el miedo vivido y no comprendido como el miedo transmitido por la generación precedente, pero fundamentalmente por los relatos de la «historia oficial», en donde la desvirtuación y oscurecimiento de los hechos se contrasta con las narraciones e intercambios intergeneracionales.

b) Temor: por el conocimiento distorsionado del pasado que mantiene la aprensión de que lo siniestro, esto es, las fantasías respecto a objetos o situaciones temidas, pueda volverse real.

c) Nostalgia: vivida como la pérdida de un tiempo y de una situación idealizada anterior al terrorismo de Estado, con toda la carga que esto implica de decepción y apatía ante el presente y de tristeza, desconcierto y desesperanza ante el futuro.

d) Silencio: aquí se observa la función del secreto como organización, que abarca diferentes aspectos: el silencio social inducido por el Estado, la identificación alienada con ese mandato y la necesidad -como técnica defensiva- de mantener silencio con posterioridad a las situaciones traumáticas vividas.

e) Violencia: que muestra en toda su magnitud los efectos de la impunidad: ¿cuál es el grado de credibilidad para una convivencia pacífica cuando los responsables de los crímenes más horrendos no han sido castigados, ni siquiera enjuiciados?, ¿qué

actitud tomar frente a los episodios de corrupción que cada vez más sacuden a nuestras sociedades?, ¿cómo reaccionar frente a la injusticia y a la exclusión que conlleva el mundo actual y que se expresa en la creciente discriminación de grandes sectores de la población?

f) La desconfianza y la falta de credibilidad: que se expresan en el «hacé la tuya» y que muestra la ruptura de códigos simbólicos que tienen una función organizadora de lo social.

Lo que advertimos en el trabajo con la llamada «segunda generación», es decir, con los hijos de expresos, detenidos-desaparecidos o exiliados, es que las particularidades y diferencias entre los «directamente afectados» y los que aparentemente no lo son, no alcanzan a borrar los elementos en común que enlazan a todos los integrantes de esta generación, situación que tenemos que apreciar para entender las causas que conspiran contra la salud mental de nuestras poblaciones.

También otros jóvenes están enfrentados al daño y viven el riesgo de ser atrapados por el silencio, el olvido y el desconocimiento, ya que éstos fueron los dispositivos sociales en los que se basó el intento de «dar vuelta la página» pregonado por las salidas postdictaduras. Y también como ellos, están en lucha contra la desconfianza, el escepticismo y la resignación,

generados por las políticas basadas en la impunidad.

Porque la impunidad no es solo la de los genocidas que realizaron el «trabajo sucio». Es también la de los que alentaron y planificaron estos hechos desde el poder económico y político, la de aquellos -los «funcionarios»- que ayer y hoy deciden la suerte de miles de personas, arrellanados en el comfortable sillón de su despacho, a veces, inclusive a distancias lejanas de donde transcurren esos sucesos.

Los dispositivos

Si llegamos a la conclusión de que efectivamente hay una transgeneracionalidad del daño que abarca, sin omitir acontecimientos e historias propias, a toda una generación, nuestro esfuerzo debería orientarse a la construcción de agrupamientos colectivos múltiples, a partir de singularidades reconocidas y asumidas. Singularidad que alude a los modos diferentes, particulares, únicos, que cada uno de estos adolescentes y jóvenes se dio y se da para ir armando su proceso identitario. Proceso que tiene como rasgos diferenciales los distintos lugares de ubicación social, sus inclusiones, proximidades o lejanías en relación a lo que otros sufrieron. Pero que tiene en común las situaciones de dolor vividas, las «pasiones» políticas y los conflictos de sus padres, las líneas ideológicas que atraviesan cada genealogía.

De allí, a nuestro entender, la riqueza del trabajo grupal para permitir el pasaje de la historia a la historicidad, es decir, la asunción de una historia personal vivida como diferencia que da sentido a la existencia con y entre otros, también diferentes.

Nos encontramos, pues, en una nueva etapa de nuestro trabajo, en donde tratamos de articular el trabajo terapéutico grupal con integrantes de la segunda generación («afectados directos») con espacios más abiertos (los talleres de memoria) para tratar de investigar sobre los modos de expresión generacional –en los dispositivos grupales– de campos absolutamente interpenetrados como el de la afectividad, la subjetividad y la socialidad.

A las preguntas iniciales ¿quiénes son éstos jóvenes?, ¿qué vivieron y qué pueden transmitir de sus experiencias como niños ante la prisión, el exilio y el dolor de sus padres?, ¿qué pasó en aquellos momentos con ellos mismos, con sus sentimientos, sus ilusiones, sus indefensiones y sus fortalezas?, ¿qué les pasa hoy?, ¿cómo se ubican en relación a lo vivido? se sucedieron otras que nos fueron ubicando en un camino en el que se hacía cada vez más evidente la necesidad de no escindir el trabajo clínico del que desplegábamos en otros ámbitos.

Nuevas preguntas, pues: ¿cuáles son las diferencias y los nexos que se advierten entre ellos y otros

jóvenes (los supuestamente no afectados)?, ¿cómo interactúan en la sociedad en que les toca vivir? Y también: ¿qué se expresa en el encuentro entre generaciones?, ¿qué diálogo puede ser posible?, ¿qué pasa con las marcas generacionales, con los afectos, con las ideas, con lo que se dice, con lo que se calla?

Fue así como a partir del «aquí y ahora» de las situaciones de vida de cada integrante, fuimos iniciando la creación de instancias en las que proponíamos un trabajo de memoria e historización, tanto en los grupos terapéuticos que ya funcionaban como en los demás espacios que íbamos tratando de promover.

Memoria e historización que incluyen no solo el mundo familiar y los recuerdos ligados al sí mismo, sino también a los distintos momentos histórico-políticos (luchas sociales previas a la instalación de la dictadura, terrorismo de Estado, transición a la democracia) con la impronta sobreagregada que conllevan para la construcción de una visión del mundo los terribles sucesos de la actual etapa de globalización.

A partir de la creación en la Facultad de Psicología de la Cátedra Libre de Ética y Derechos Humanos, nos encontramos con la posibilidad de «puentear» nuestra experiencia institucional con espacios más amplios –muchos de ellos inclusive con otras lógicas de funcionamiento– pero que tenían en común el interés de muchos estudiantes por conocer y trabajar

situaciones de un pasado reciente por el cual también se sienten afectados.

Fue en ese encuentro que fuimos repensando y ajustando diferentes recursos metodológicos y técnicos. En los grupos terapéuticos con instancias intensivas para propiciar historias de vida en grupo a través del trabajo con el árbol genealógico (aspectos culturales, económicos, sociales y simbólicos de la genealogía de la familia), el hábitat (espacios físicos significativos en los que transcurrió la existencia), la historia amorosa (modelos identificatorios, sentimientos, elecciones, momentos de vida, sexualidad, género, ideales), etc.

En los talleres de memoria, realizados fundamentalmente con estudiantes de la Facultad, pero también en otras instancias (Primer Congreso de Madres de Plaza de Mayo, Foro Social-Uruguay, jornadas, etc) a través de técnicas diseñadas por nosotros como la que denominamos «la línea del tiempo» (registro de acontecimientos significativos de distinto tipo ocurridos desde la mitad del siglo pasado hasta la actualidad tanto en el plano local como en el mundial) o la que propone un trabajo sobre «ideales, valores y metas» de la generación de los padres y de la generación actual. También el relato de «anécdotas» vinculadas a la etapa de la dictadura.

En ambos casos, la propuesta es centrarse en un trabajo de memoria e historización que permita,

sin dejar afuera los aspectos emocionales y la historia propia, propiciar un efecto de distanciamiento a fin de integrar vivencias y conceptos para lograr una comprensión más abarcativa de la relación entre lo identitario y lo socio-histórico.

Una enseñanza vigente de Pichon Rivière señala que lo terapéutico es el aprendizaje. Consideramos que la memoria es parte integral de este aprendizaje en la medida que es compartir con otros los mismos o distintos tiempos vividos, intercambiando recuerdos y experiencias y corrigiendo visiones, posicionamientos y significaciones.

El hecho mismo de rescatar el pasado y pensar el futuro se convierte así en una forma activa de transformación del presente, de ponerlo a funcionar como generador de deseo. De ahí también la importancia de la memoria para la potenciación de las redes sociales, en tanto generador de espacios grupales, de colectivos en los que se despliega la temporalidad como elemento constitutivo de una trayectoria social. También para hacer «una travesía por la identidad, una fenomenología colectiva expresada en una narrativa», como señala Corradi.

Transgeneracionalidad

En este contexto, considero que el concepto de transgeneracionalidad es a la vez más preciso y más

abarcativo que «transmisión transgeneracional», noción que muchas veces se usa como equivalente.

Transgeneracionalidad traza una línea que muestra cómo las situaciones de daño atraviesan varias generaciones, sin hacer recaer en éstas la exclusiva responsabilidad de reproducir y transmitir ese daño. Y esto tiene el valor de obligarnos a escudriñar sobre lo que está oculto, opacado, invisibilizado: la función de los sistemas de poder y sus aparatos ideológicos, especialmente aquellos que «científicamente» proporcionan la intelección «adecuada» a problemas como los que nos toca pensar. Solución que a veces pasa por psicologizar, familiarizar y privatizar la violencia, eludiendo el que ésta se origina en el interjuego de lo político y lo social.

No negamos el hecho de que haya una transmisión intersubjetiva que traslade, por ejemplo, en el ámbito de la familia una cantidad de efectos no elaborados de lo experimentado en las etapas del terror. Pero nos interesa más lo que se pudo transmitir en aras de un legado ético, de «vida buena» como diría Aristóteles, en el que se ensamblaron amores e ideales. Fue así que –como señala una compañera de la Facultad– los niños se convirtieron en incontables oportunidades, al cantar el himno, al comentar una situación con un amigo o un compañero de la escue-

la, en «militantes de 6 años», ligados a sus padres en la resistencia a aquello que se les quiso imponer.

Similar comentario nos merece la noción de transmisión trans-subjetiva. Tenemos que advertir que allí no juegan solamente inconscientes individuales o grupales con su circulación fantasmática a través de distintas generaciones, sino todo un funcionamiento real maquínico, en el que se acoplan modos de producción, entramados institucionales y producción de subjetividad, constituyendo formas de captura de lo nuevo para mantener y reproducir lo ya existente a través de modelos personológicos en consonancia con lo establecido.

O sea, la «transmisión transgeneracional» no la hacen solamente los sujetos, como equivocadamente esa noción induce a pensar, sino el trabajo de campos inmanentes (naturaleza, socialidad, subjetividad y grado de desarrollo material) que actúan acoplándose unos con otros. Necesitamos, por tanto, instancias que puedan convertirse en formas de producir un conocimiento verdaderamente científico. Esto es, no-neutral, no-cientificista y disciplinario, no adaptado a los criterios de científicidad de las corporaciones transnacionales del conocimiento, sino en un saber en el que se asuma el desafío de repensar colectivamente nuestros propios vínculos con el universo sociopolítico.

Referencias bibliográficas

- Corradi, Juan. (2001). *Revista Puentes*.
- Giorgi, V. (1995). *Represión y olvido*. Montevideo: SERSOC.
- Giorgi, V. *Los grupos y el escenario académico*. Inédito.
- Madariaga, C. (2002). «Modernidad y retraumatización. Lo público y lo privado en el sujeto social chileno». En: CINTRAS, GTNM/RJ, EATIP, SERSOC editores. *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.
- Robaina, M. C. (2002). «Tortura e impunidad». En: CINTRAS, GTNM/RJ, EATIP, SERSOC editores. *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.
- Vieites, S. *Los militantes de 6 años*. Inédito.
- Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria*. Montevideo: Trilce.

**Ángeles custodios:
Infancia traumática y mal-estar**

Marcela Sandoval³

José Luis Tejada⁴

Publicado en Revista Reflexión N° 40, Santiago, Chile, Junio 2011, págs. 11-14

La clínica nos sorprende con las diversas formas de expresión que lo traumático genera en nuestros pacientes, sobre todo en aquellos donde el trauma psicosocial se remonta a su infancia. Presentamos el caso de una mujer que crece en el seno de una familia seriamente violentada por la dictadura chilena, la forma de expresión de su respuesta a lo traumático y los caminos que recorre para su cura.

³ *Psicóloga, directora clínica de CINTRAS Santiago.*

⁴ *Psiquiatra, equipo clínico CINTRAS Santiago.*

El desafío de leer entre líneas

La joven madre de 30 años, que llamaremos *Ara*⁵, acude a CINTRAS luego de reiniciarse las jaquecas, sufre de fuertes migrañas y cansancio generalizado, entre otros síntomas. Anteriormente, hace un par de años y ya nacida su hija –actualmente de 6 años–, fue hospitalizada al iniciarse estas fuertes algias, asociadas a una constelación de síntomas: jaquecas, rinitis, reacciones dermatológicas, hipersomnias, cansancio, pérdida de la función intelectual, acné, hipermenorrea; todos con estudio orgánico negativo. Acude a CINTRAS por sugerencia de su padre, ex preso político.

Ella es imprecisa en definir su motivación de consultar, más bien lo hace presionada por otros que están preocupados por la «baja en sus defensas y energía», y le resulta un tanto dificultoso asumir el carácter psicosomático de su dolencia, «si tuviera una enfermedad física me sentiría menos mal conmigo misma». Hasta ese momento, se había indagado en posibles causas físicas que pudieran explicar su mal-estar. Señalamos mal-estar, porque es desde aquí donde nos situamos para comprender el lenguaje encriptado a modo de síntomas y la forma de relacionarse con su propia existencia, con la subjetividad,

⁵ *Término que en lengua rapanui significa tanto despertar como camino.*

con la historicidad, con el aquí y ahora, y con aquello que vislumbra a futuro. *Ara* nos desafía a decodificar su sufrimiento encriptado en un cuerpo que nos habla, a leer su cuerpo sin separarlo de su existencia histórica y biopsicosocial.

Las emociones comienzan a aparecer con alguna dificultad, destacándose como central su tristeza, que ella esconde del mundo de una manera muy controlada, potenciada por el miedo a ser incapaz. Cuando expresa con sentimientos de culpa las presiones de los demás para que se mantenga bien, lo que muestra es su exceso de responsabilidad y autoexigencia, que finalmente se simboliza en el temor de dañar a su hija. Se defiende de estas emociones cuando duerme, y se mantiene con una hipersomnía que le impide funcionar. Lo que clínicamente parece ser una depresión enmascarada con un funcionamiento psicossomático –con un cuerpo vivido como otro, funcionalmente dissociado–, sólo puede ser comprendido y abordado desde su historicidad. Su frase «todo necesito hablarlo; lo que no hablo no me ha pasado», se mantiene suspendida como una letanía, expresando la tensión entre el silencio y la articulación de palabras, entre lo dissociado y lo elaborado, tan característico de lo traumático, que muestra su manera particular de sufrir, pero que también indica un camino para la cura.

Formas de experimentar lo traumático

En la historia de *Ara* la secuencia traumática se instala de manera compleja desde antes de su nacimiento en la vida de su familia, siendo socializada primariamente junto con la violencia y la amenaza con una presencia totalizadora, casi normalizada. Ha vivido lo traumático como una emergencia y quiebre en su historia, pero ello también ha incidido en la configuración del desarrollo de su personalidad e identidad. *Ara* posee una carga histórica y representa un modo de vivir lo traumático: su madre fue torturada antes de que ella naciera, nace en el exilio, hija de padres que tras su retorno vivieron en clandestinidad con formación militar, luego fueron apresados y torturados por su condición política, es sobrina de un ejecutado político y fue una niña que asumió tempranamente la condición de *ángel custodio* de su hermana dos años menor y, posteriormente, de su abuela paterna, luego de la muerte del tío.

Ya desde los cuatro años ella era la cuidadora del silencio –del suyo y de su hermana–, silencio que significaba en ese entonces la diferencia entre la vida y la muerte de sus padres. La temprana parentalización impuesta por la clandestinidad en tiempos de dictadura se construye sobre emociones positivas, como ser reconocida por sus padres y «ser grande», pero esconde la angustia y el abandono de

no tener derecho a ser cuidada y protegida: «no poder llorar, sólo cuidar», en un mundo clandestino donde no había lugar para la inocencia; ella cuidaba el secreto en este mundo disociado entre lo ficticio que se muestra y lo real que se esconde.

Intentamos comprender la configuración de su personalidad y el impacto de los eventos traumáticos, junto al rol que comenzó a asumir tempranamente. Desde niña comprendió que debía guardar silencio y no debía hablar, ni señalar nada que pudiese comprometer la vida de sus seres queridos. Se transforma en una niña de muy buen comportamiento y comenzó a participar de los secretos de los adultos, sintiéndose importante por la confianza depositada en ella. Asumió el propio silencio y también se hizo cargo de acallar a su hermana K., la que, dada su corta edad, su inocencia y temprana emancipación, podía deslizar algo comprometedor. Se transformó así en la guardiana del secreto familiar y de lo innombrable. Comenzó a desarrollar una cercana vigilancia de sus emociones, conductas y expresiones, acallando sus necesidades infantiles. Escuchó y calmó las de su hermanita menor, silenció su propio sentimiento de soledad y de indefensión para no dañarla a ella, «esto lo hago hasta el día de hoy». Vivió en un mundo público amenazante donde la narrativa de lo privado quedó postergada. Se inventó historias para contar y así construir el cerco, para dejar a res-

guardo a sus familiares, su mundo personal y su propia integridad. De este modo alzó los muros de la resistencia, experiencia común de tantos niños y niñas durante ese periodo que, sin comprender a cabalidad el acontecer histórico, si vislumbraron lo esencial. Se esculpieron así niños y niñas que empatizaron con el dolor y la necesidad de seguridad, que asumieron para sí las convicciones de sus adultos significativos.

Sin duda, el estilo de funcionamiento de *Ara*, con una marcada hiperresponsabilidad, con una autoexigencia elevada, un ser perfeccionista, muy previsora y protectora, la ha hecho lo que es ahora, una mujer con grandes logros académicos, profesionales y familiares, a costa de muchos esfuerzos y también postergaciones. Ha desarrollado un gran compromiso por los derechos de las mujeres y sus reivindicaciones, se ha adentrado en la vida y el pensamiento de las mujeres guerrilleras como lo fue su madre, para comprender e ir desatando nudos desde una perspectiva de género.

Sin embargo, lo postergado, sus necesidades de niña no satisfechas, adquieren voz a través del padecimiento físico a modo de una jaqueca persistente, un cansancio extremo acompañado de un deseo de dormir no sólo en la noche sino también en vigilia. Una vez más, se nos presenta la *bella durmiente* como una

forma de evasión a la crisis de desarrollo que se anuncia, durmiente (inconsciente) que está despertando por el beso de la maternidad y de la hija de actúa como espejo. Hija también llamada K. al igual que su hermana, quien cumple la misma edad que *Ara* tenía cuando se quedó sola y sus padres se *sumergieron* en la clandestinidad.

El empleo del cuerpo como el depositario de la subjetividad, es el objeto y canal mediante el cual *Ara* expresa su sufrimiento psicológico y, a la vez, reviste una posibilidad de comprender la conflictiva y orientar el proceso psicoterapéutico. El padecer ha ocupado un lenguaje silenciado y sigiloso mediante el cual *Ara*, a modo de grito enmudecido, da cuenta de sus luchas internas, al verse enfrentada a diversas disyuntivas existenciales como vivir o morir, hablar o callar, pedir o dar, emocionarse o pensar, afectarse emocionalmente o razonar, expresar desde el discurso privado o desde el público. Estas dicotomías desarrolladas en un momento histórico altamente represivo y de mucha inseguridad fueron sin duda adaptativa en ese contexto, en que muchas veces quedaba una sola opción.

El camino a la cura

Ara ha codificado una parte de su historia y de la vivencia traumática a modo de síntomas, los que, como señalábamos, constituyen al mismo tiempo una

vía de acceso a su complejo y profundo mundo interior. Crean la posibilidad de religar el psiquismo con su soma, es decir, volver a conectar en un todo indivisible la mente, el cuerpo y su ser social, para permitirle ejercer en forma coherente y consistente los diversos roles y compromisos ideológicos que ella libremente decida adquirir y desplegar. Debe hacer su propio camino, viajando hacia el pasado para poder integrarlo de forma armoniosa a su presente, para seguir forjando su futuro.

Su proceso psicoterapéutico se centró en comprender qué había detrás de la sintomatología, visualizando la forma cómo ella se enfermaba y la funcionalidad de la constelación sintomática a modo de pedir para sí cuidado, «a los enfermos se les cuida». Se desarrolló en un contexto terapéutico de mucha acogida y aceptación emocional, reconociendo sus recursos y sus logros, así como también sus derechos. La estrategia consistió en discernir qué le provocaba dolores de cabeza y el porqué de su cansancio. Luego de varias sesiones en las que se trabajó prestando atención al cuerpo desde una sensación corporal global, comienza a vislumbrar que su agotamiento se debe a ese perfeccionismo exagerado que no le daba tregua, que le generaba preocupación extrema, así como al peso de la culpa por la propia maternidad imperfecta, la culpa por no seguir produciendo y estudiando con el mismo ímpetu de antes,

la molestia de la culpa por no anticiparse y no prever los detalles que se escapan a su control.

El malestar también se genera al lidiar con el peso de un duelo congelado por no haber simbolizado y llorado la muerte de la hija adoptiva -su hermana K.-, que falleció a los 18 años de edad en un accidente. Su hermana representaba una dualidad de su propia personalidad, lo opuesto de todo aquello que ella era, todo aquello que no podía ser, decir o vivir. Se encontró con una disociación de sí misma, reconoció que su hermana la representaba a modo de otra cara de una misma moneda. El recuperar e integrar los atributos de aquella también para sí, actuó como compensación de sus altas exigencias. Sin duda fue un hito en su proceso psicoterapéutico, recobrando así la libertad para disfrutar, para permitirse descansar sin enfermar, para retomar los espacios de encuentro con sus amigas/os, con su marido, con su hija, con su madre, con su padre, con sus otras hermanas y con la pequeña *Ara*, haciéndole un espacio para contener sus necesidades de niña y sus anhelos de mujer-hija-madre-hermana-amiga-esposa-profesional adulta.

Se plantea para sí una posibilidad de ser en constante crecimiento, con una sumatoria de eventos y crisis evolutivas a lo largo de la vida, comprometida consigo misma y también con el proceso emancipador de las mujeres chilenas. Abre espacio al reconocimiento de las mujeres que desde la clandestinidad lucha-

ron durante la dictadura militar para removerla. Mujeres detenidas, torturadas, muchas desaparecidas y ejecutadas, que dolorosamente renunciaron a su maternidad personal para hacer de ésta una maternidad más amplia e inclusiva, transformándose en madres del colectivo imaginario de todos aquellos niños y niñas chilenos que su proyecto ideológico contemplaba, para así contribuir al ejercicio libre, pleno y democrático de sus derechos y de sus libertades.

Paralelamente, logra avances en integrar su memoria de lo traumático en un relato vivencial más elaborado, donde lo traumático ya no se vive de una manera fragmentada y agobiante, sino que se integra en un relato personal muy cargado de sentido y de identidad actual. Su memoria o conocimiento de lo traumático, en el sentido descrito por Auerhan (1998), pasa a tener menor distancia psicológica con su experiencia, a estar menos encapsulada y más integrada, con un mayor nivel de propiedad del recuerdo. Su camino para comprenderse, o como ella misma dice «uno debe mirar para atrás para comprenderse», se va transformando en ella misma. De esta forma, ella va transformándose en experta del recuerdo, camino iniciado en el colegio cuando hace trabajos biográficos, continuando en la universidad, hasta su transformación en académica de la memoria y del estudio de mujeres guerrilleras. Su camino para la cura pasa por una necesidad de comprender el horror del terrorismo, pero

especialmente las estrategias y el sentido de la resistencia a éste. Esta necesidad de conocer siempre está en tensión con el silencio y la necesidad de olvidar para protegerse y proteger a otros.

Algunas consideraciones finales

La expresión psicósomática del trauma es una presentación frecuente del malestar por el que consultan tanto individuos directamente afectados por una experiencia traumática (primera generación) como sus descendientes directos (segunda generación), en quienes aparecen huellas de un daño transgeneracional (CINTRAS 2009). El padecimiento corporal funciona como la representación de un sufrimiento no exteriorizado, que supera el psiquismo por su contenido emocional de carácter perturbador, y se manifiesta, entonces, como una enfermedad física. Ésta se constituye en una posibilidad que permite conectarse con la corporalidad y las emociones encapsuladas.

Si bien los procesos de adaptación y resistencia que pueden permitir un camino a la curación son diversos, la reelaboración de la experiencia traumática y el resolver los nudos de tensión parecen ser cruciales. Esta elaboración no es tarea fácil para los miles de niños que fueron obligados a vivir en un mundo hostil y perturbador, donde la amenaza de su propia muerte y la de sus seres queridos pendía como una permanente *espada de Damocles* y era vivida como de respon-

sabilidad propia. Obligados tempranamente a ser adultos, se enfrentan hoy a lo difuso de su padecimiento y muchas veces sienten que su trauma «personal» no existe, es opacado por la vivencia de sus padres, que se transforma en el «verdadero trauma» que puede verbalizarse y, por lo mismo, tiene mayor posibilidad de elaborarse que el propio. El asumirse como sobreviviente y, por lo tanto, un agente de la historia, es un paso difícil pero trascendental no sólo para la propia cura, sino también en la lucha contra la impunidad y para superar el silencio que oculta el padecimiento de quienes fueron gravemente afectados por la represión política siendo menores de edad.

Referencias bibliográficas

- Auerhan, N., Laub, D. (1998). «Intergenerational Memory of the Holocaust». En: Danieli, Y. (ed.) *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*. Nueva York: Plenum Press.
- CINTRAS. (2009). «Daño Transgeneracional en Descendientes de Sobrevivientes de Tortura». En: CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC. *Daño Transgeneracional: Consecuencias de la Represión Política en el Cono Sur*. Santiago: Autoedición.
- Vidaurrázaga, T. (2007). *Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de la memoria de tres mujeres miristas, 1971-1990*. Buenos Aires: Ediciones América Libre.